

Reportaje

Descansar... ¿Por qué esperar al séptimo día?

Francisco Álvarez

Al Autor de la vida hay que agradecerle mucho. De hecho, todo. Pero no menos el que haya tenido la delicadeza, el buen gusto de descansar al rematar su obra; aunque a buen seguro que no lo necesitaba. La creación le costó mucho menos que aguantar los desperfectos que han venido después. Pero, al tomar la arriesgada decisión de asociarnos a su obra y de poner en nuestras manos parte de lo que salió de las suyas, tuvo –repito– el hermoso detalle de decirnos: “Y no se olviden de descansar”.

Por lo menos así hemos interpretado ese dato del libro del Génesis. Estoy, sin embargo, seguro de que, con ese gesto, quiso decirnos algo más. Mucho más. Por ejemplo, que el verbo “descansar”, inaugurado también por él, va emparejado a la vida y al hecho de recibirla y transmitirla. Vivir equivale a descansar; descansar es una forma estupenda de vivir. De suyo, el descanso no se programa ni se concentra. Discurre con la vida, tira de ella, la sostiene, se mezcla y se funde con ella... hasta el final.

Hermoso verbo que, en nuestra conjugación humana, hemos empobrecido y desfigurado. Lo hemos asociado, casi irremediabilmente, al trabajo, al cansancio y, cómo no, al final de la vida. La lógica dice que no haría falta el descanso si no se produjera el cansancio, fenómeno que se atribuye al trabajo y a otras fatigas. Por eso, el final de la vida sería, con todos los matices que se quiera, el descanso definitivo. Cosa que deseamos a nuestros difuntos. Esta versión hay que completarla con otra, más divina y más humana.

No hay que esperar a estar cansados para descansar, pues es un verbo activo y creativo. Descansa quien saborea agradablemente lo que hace. Hay trabajos que descansan y ocios que hacen penar; hay quien anda muy atareado en no hacer nada: si no se cansa se hastía. Otros soportan increíbles fatigas e incomodidades en busca de un reposo imposible o equivocado. Descansar es ir cumpliendo deseos y amortiguando sufrimientos, encontrar unos brazos abiertos, lograr objetivos largamente acariciados y *reposarenteros* en la tarea bien hecha. Descansar es poner un poco de música a la rutina del vivir, abrirle nuevos respiraderos al alma, encontrar respuestas a las preguntas de siempre, llenar vacíos, encontrar la horma del propio zapato y la medida del vestido.

No es de extrañar que el descanso sea, a la vez, camino y meta, sueño que se realiza poco a poco y aspiración que no se corona hasta el final. Llega después de los cuarenta años de desierto a la entrada de la tierra prometida, tras los aprietos de la enfermedad o como desembocadura de la ancianidad que pesa. Sí, hay un descanso reservado para el final de la jornada, para el 32 de diciembre, porque sólo en Dios encontrará pleno sosiego éste, nuestro corazón, en el cual Él, y sólo Él, ha puesto una chispa de su divinidad.

No lo olvidemos: el descanso comienza por los ojos. De hecho, el sábado del piadoso israelita tenía la finalidad de ayudar a ver/contemplar las cosas de otra manera. Creo que Dios no descansó el séptimo día. Simplemente se detuvo a mirar con buenos ojos lo que había salido de sus manos. Y vio que era muy bueno.

(De *Verbos de vida*, PPC, 2004, pp. 134-136)